Capítulo 5

Predicadores en los confines del Imperio. El convento de Santo Domingo de Buenos Aires. 1601-1767*

GABRIELA DE LAS MERCEDES QUIROGA**

El paso apurado de fray José de la Cruz¹ hacía que la capa negra de su hábito dominicano apenas rozara el suelo del piso de la plaza mayor de Buenos Aires, que todavía tenía rastros del chubasco que pocas horas antes había llegado desde el río y cuyas olas aún rebotaban sobre el fuerte. Algunos vecinos, al pasar lo saludaban con un Ave María Purísima y le prometían, en un suspiro, acercarse por la tarde, para rezar el Santo Rosario. La calle Real, hoy Defensa, mostraba ya la torre de Santo Domingo y las campanadas, cada vez más cercanas, le indicaban a fray José que el Ángelus que debía rezar con sus hermanos, estaba por comenzar. Oraría por las almas de los fieles, por sus patrones y sobre todo por la salud y bienestar del rey, que “Dios guardara y salvara”. Cuando cruzó la puerta del convento, el

* Este capítulo es el resultado de una serie de trabajos independientes sobre la Orden de Santo Domingo que se vienen realizando desde 1996, en el marco de la obtención de títulos de grado y posgrado.* Profesora en el Instituto Superior del Profesorado “J.V. González”, Buenos Aires Argentina.

** Profesora en el Instituto Superior del Profesorado “J.V. González”, Buenos Aires Argentina.

1 Nombre real tomado de (*Libro de Vesticiones y Profesiones*, 17 de marzo de 1731). No se ha podido determinar hasta la fecha el nombre verdadero del fraile dado que no aparece ningún dato filiatorio sobre el mismo.

mundanal ruido poco a poco se fue apagando y el rezo del mediodía se oyó en claustro...

Esta escena que tantas veces se multiplicó en el tiempo, tiene como protagonistas a la Orden de Predicadores y al espacio físico que ella ocupaba en la colonial ciudad de Buenos Aires, desde el arribo a la misma en 1601. En este capítulo buscaremos realizar un recorrido histórico desde ese punto inicial de llegada a los confines rioplatenses del Imperio español, hasta 1767, cuando las reformas borbónicas auguraban tiempos de cambio y futuras revoluciones y donde los frailes dominicos no dejaron de actuar.

Nuestro objetivo es ver en el largo tiempo de casi dos siglos, cómo la Orden de Predicadores se asentó y creció en la margen occidental del río de la Plata, y se convirtió en uno de los soportes de la administración colonial española, tanto eclesiástica como política, a partir de su carisma de predicación y enseñanza, manifestado en prácticas y devociones cotidianas como el rezo del santo rosario, la asistencia a los enfermos ante las epidemias que azotaban la ciudad, el apostolado de la palabra y el dictado de las cátedras de formación superior tanto para frailes como para laicos. La mirada sobre esta realidad partirá de la idea de que, para el mundo del antiguo régimen, decir sociedad e iglesia era hablar de una misma entidad en la que también estaba integrado el estado español en sus múltiples instituciones (Di Stefano y Zanatta, 2000; Peire, 2000; Barral, 2007; Baschet, 2009), de modo tal que el estudio de la comunidad de Santo Domingo porteña, será la ventana por la cual podremos ver al mismo tiempo que su constitución, el mundo bonaerense que la rodeaba y con el cual interactuaba, todo esto inserto en el marco de nuestro objetivo general de analizar el papel de la Iglesia católica en la América hispánica como legitimadora del estado colonial, al mismo tiempo que su soporte ideológico, y pieza clave de su administración.

Para trabajar el tiempo que nos proponemos de 1601 a 1767, comenzaremos por explicar el título que enmarca el capítulo, dado que el mismo busca exponer la magnitud de la expansión de la Orden que no se amedrentó por las distancias y las geografías que tenía que recorrer dentro del imperio español, y que las llevó por su misma regla de itinerancia, hasta la ciudad más austral de la América española, para

fundar en ella el convento de Santo Domingo, que aún hoy sigue vital. Las páginas siguientes, distribuidas en dos apartados y una conclusión, partirán desde los primeros años de llegada, cuando los frailes vivían entre paredes de adobe, hasta la organización de la provincia de San Agustín en 1724; seguirán con la población que habitó en el convento porteño en el tiempo en estudio; y por último las conclusiones y la bibliografía. Es tiempo pues de comenzar la historia porteña de los hijos de Santo Domingo.

Del adobe y paja a la provincia de San Agustín

Los padres predicadores llegaron a la América descubierta por Colón, en 1510, dispersándose primero por el Caribe y luego por la Tierra Firme, tal como ocurrió con los sacerdotes del clero secular y los religiosos de otras órdenes (franciscanos, agustinos y mercedarios), todos los cuales, en su conjunto, se sumaron a la Corona española y fueron copartícipes del proceso que, vertebrado en ciudades, conquistó y colonizó el nuevo continente, y convirtió al Estado español en un Estado misionero (Konetzke, 1981, p. 226) que dio vida a la sociedad hispanoamericana que nació.

El sur del continente recibió a la Orden de Santo Domingo en 1540, cuando se fundó la provincia dominicana de San Juan Bautista del Perú, y diez años más tarde, en 1550, llegaron por primera vez la región del Tucumán,² con la expedición pobladora de Juan Núñez de Prado. Para fines del siglo XVI se contaban ocho provincias dominicanas, que no solo habían levantado conventos sino también universidades, como la Universidad de Santo Domingo (1538), la primera en América española, y la de San Marcos (1551), en Lima, que fue la primera de Sudamérica.

2 Con el nombre de Tucumán se designaba al centro y noroeste del actual territorio argentino, y abarcaba una extensa superficie que hoy conforman siete provincias que son de sur a norte: Córdoba, La Rioja, Catamarca, Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Jujuy. Para la época en estudio, esta región quedaba bajo la jurisdicción de la gobernación de Chile creada en 1548.

Esta intensa actividad apostólica y educativa en la región meridional, llevó a que se creara en 1586 la provincia dominicana de San Lorenzo Mártir con capitalidad en Santiago de Chile, con jurisdicción sobre los extensos y lejanos territorios cisandinos que llegaban hasta Paraguay. La estrechez económica, debido a la pobreza de la tierra y la falta de recursos humanos que eran destinados a otras sedes de la Orden, demoró largamente el establecimiento de los predicadores al este de la cordillera de los Andes, por lo que hubo que recurrir a las reales cédulas que otorgaban pequeños subsidios a los conventos que se fundaban, o hacer peticiones al rey o a las autoridades locales para que éstos se instalaran (González, 2003, p. 37).

El terremoto de 1595 y la guerra del Arauco, sostenida entre 1598 y 1600, con su consiguiente pérdida de conventos y misiones, movió finalmente a nuestros frailes, a cruzar los Andes y llegar a la actual provincia de Córdoba (Argentina), donde compraron al fraile Francisco Martel (OM) el terreno que los mercedarios tenían asignados en la traza de la ciudad mediterránea, donde una vez instalados, se dirigieron a Buenos Aires. Para ese entonces la ciudad de la “Trinidad y Puerto de Santa María del Buen Ayre”, llevaba 20 años de vida, ya que había sido vuelta a fundar por Juan de Garay el 11 de junio de 1580, luego del fracaso de Pedro de Mendoza en 1536. A través de seis actas corridas, se levantó la ciudad formal (Romero, 1986, p. 16), con todos sus elementos: espada, cruz, rollo de justicia, cabildo, plano y espacio ideal, que legitimaron el dominio del rey sobre la tierra y la instalación de una sociedad. El 17 octubre de ese mismo año, el capitán Garay distribuyó los solares citadinos, cuadras para el servicio de indios, rozas, estancias, huertas y chacras, y una semana más tarde el “Acta de Repartimiento de Fuera del Ejido y Planta de la Ciudad” asignó las “suertes”³ de chacras, que corresponden al primer reparto fuera de

3 A partir de la ciudad, porción de tierra con 300 o 500 varas de frente por una legua de fondo; en los valles y bandas del río: medían 3000 varas de frente por legua y media de fondo. La suerte de chacra debía emplearse para la siembra y la suerte de estancia para la cría de ganado. La vara era una medida de longitud que se usaba en distintas regiones de España con valores diferentes, que oscilaban entre 0,768 y 0,912 m.

la planta a partir del límite con el ejido,⁴ ubicado hacia el norte de la ciudad, y las *suertes* de estancias, de 3000 varas de frente por legua y media de fondo, ubicadas hacia el sur de la planta urbana. Tres años más tarde, en 1583, el proceso se completó con el reparto nominal de tierras en la traza urbana, según consta en el plano de repartimiento de 1583 (Taullard, 1940, p. 18), formando un rectángulo de 144 manzanas o cuadras⁷, de las cuales solo 46 se destinaron para el casco urbano; de ellas, seis se reservaron para los espacios institucionales y públicos: el fuerte, la plaza mayor, la iglesia mayor, el hospital y dos iglesias: San Francisco y Santo Domingo; mientras que las restantes 40, que rodeaban a la plaza, se asignaron a sus compañeros de expedición. Con esto se cerraba la etapa de delimitación del escenario fundacional: el ejido; la periferia, con sus zonas de chacras y estancias para el abasto de la ciudad; la planta urbana, y hacia el sur de esta, el puerto, confinado al Riachuelo, llamado con el tiempo “de los navíos”, adonde llegaban los barcos que descargaban hombres y bienes.

La “ciudad real”⁵ se hizo visible cuando hubo que levantar las paredes y la geografía comenzó a desplazar la traza imaginaria, deviniendo los cuadrados perfectos en cuadriláteros irregulares (Pico, 1911-1913, p. 253) que la ley establecida no pudo enderezar. Hombres y mujeres llegados con Garay se avocaron a ello y comenzaron a llevar adelante el propósito que animaba a su nuevo hogar: “abrir puertas a la tierra”. Los templos y conventos iniciales del área fundacional fueron los primeros reguladores de los futuros barrios al sur y norte de la plaza mayor (barrio de San Francisco y Santo Domingo), aunque la proximidad de uno y otro limitó las posibilidades de definición barrial para los que estaban destinados. La ubicación original de las congregaciones

4 Ejido: tierra del común destinada a la futura expansión de la ciudad. Sobre la misma, el gobierno de la ciudad tenía derecho de explotación, así como de tener animales propios. 7 varas. En la traza, superficie equivalente a un cuadrado de 140 varas de lado.

5 Este concepto de ciudad, en la época colonial, remite no solo al casco urbano, sino que incluye también el área rural sobre la cual las autoridades locales (el cabildo en particular) ejercían su jurisdicción. En el Río de la Plata, recién en el siglo XVIII, los padrones diferenciaron la ciudad propiamente dicha de la campaña (González Lebrero, 2002, p. 102).

religiosas no se modificó sustancialmente a lo largo del tiempo, sino que por el contrario se revalorizó con la cesión o donación de parcelas que las complementaron (ejemplo: las iglesias de San Francisco y Santo Domingo). El reordenamiento de la región el 16 de diciembre de 1617, convirtió a Buenos Aires en cabecera de la gobernación del Río de la Plata, y su elevación al rango de sede episcopal en 1620, consolidó a la ciudad e identificó su perfil sobre el horizonte pampeano.

En este contexto de desarrollo, expansión y población estable, con una iglesia mayor construida, y con los frailes franciscanos instalados en su primer templo, la Orden de los Predicadores fue la segunda religión en arribar a la Trinidad en 1601. A los hijos de Santo Domingo los esperaba, desde 1583, el solar⁶ n° 35, comprendido entre las actuales calles Sarmiento, Perón, Reconquista y 25 de Mayo, que les había reservado Garay en la traza. El mismo estaba en el por entonces llamado “barrio recio”, un arrabal extramuros, despoblado y alejado del centro cívico-comercial. Esto determinó que fray Pedro Cabezas y fray Juan V[B]eloso se pusieran en contacto con los mercedarios, otra familia religiosa llegada poco tiempo antes, para permutar el solar (lote n° 151-152/ Plano Repartimiento-1583 (Taullard, 1940, p. 12) entre las hoy calles Bolívar, Chile, Perú y México) que estos tenían en el límite sur de la ciudad, a cambio del asignado, desde hacía 20 años, a su orden. Efectuado el cambio de terrenos y sin poder tener la licencia de radicación del obispo, por haber este fallecido, emprendieron el proceso de apropiación del suelo al delimitar el terreno y edificar iglesia (1602) y convento (1605), este bajo la advocación de Pedro González Telmo (beato dominico), y aquella dedicada a Nuestra Señora del Santísimo Rosario, por ser esta una práctica de piedad instituida por el fundador de la Orden. Aun cuando ambas construcciones eran solo de barro y paja, por la falta de cal, piedra u otra materia perpetua, trasladaron en 1602, desde la iglesia mayor, la imagen de la Virgen del Rosario, su patrona, que esperaba su hogar definitivo desde 1585, cuando había

6 Solar: también nombrado como sitio, es la tierra dentro de la traza. Su superficie equivale a un cuadrado de 140 varas de lado.

sido traída por el obispo fray Alonso Guerra, O.P., para ser entronizada en el entonces inexistente claustro dominico.

Sin embargo, con el correr de los meses la nueva ubicación tampoco conformó a los religiosos porque la población flotante⁷ de las inmediaciones (marineros, changadores, calafates, carpinteros y carretillos), no respondía a su fin apostólico, y la cercanía del Zanjón o Tercero del Sur con sus periódicas inundaciones, hacían intransitable la zona. Esta situación que en la práctica los mantenía alejados de la principal arteria de la ciudad, la calle Real (hoy Defensa), que conectaba el puerto de los Navíos con el centro de la ciudad, los llevó a iniciar las gestiones para una nueva mudanza, que sería la definitiva, teniendo como punto de referencia a los franciscanos, cuya ubicación consideraban privilegiada, por estar en la línea de circulación neurálgica de la urbe. En este sentido, las tratativas se orientaron hacia el capitán Juan Pérez de Arce poseedor de un solar, con frente a la calle Real o de San Francisco, el primitivo lote n° 125 que había pertenecido a Domingo de Irala. Este pedazo de tierra como su vecino el n° 126 — dado a Alonso Gómez— habían quedado vacos por no permanecer sus dueños en la Trinidad; los dos solares restantes de la manzana no habían sido afectados a nada ni a nadie.

Los dominicos, alentados porque para 1606 contaban con la venta de tres solares del llamado “Convento Viejo” (frente sobre la actual calle Chile), a Mateo Sánchez, Manuel Méndez y Antonio del Pino, se dispusieron a hacer frente a la compra de su nuevo terreno (entre las calles Belgrano, Balcarce, Venezuela y Defensa). Comenzaron los trámites y se mudaron, y tomaron posesión (de hecho, hasta su legalización en 1734) de los tres solares vacíos, mientras seguían las negociaciones con el capitán Arce por la obtención del último de los solares que les faltaba para

7 Se define como población flotante al contingente demográfico compuesto por aquellas personas que, aun no estando oficialmente inscriptas en el censo de población, residen temporal o permanentemente en un ámbito geográfico administrativo concreto. Para el siglo XVII/XVIII se incluían en esta categoría a los cargadores y tripulaciones de naves, mercaderes de otras regiones, carreteros, etc., que residían temporariamente en la ciudad. Agradezco la clarificación de este concepto a la Lic. Susana Frías (Grupo de Trabajo de Historia de la Población-Academia Nacional de la Historia-Argentina).

completar la cuadra, cosa que se logró en 1606 con la cesión definitiva del terreno. La escritura firmada el 26 de octubre de 1608, da cuenta de que se dio como pago “otro solar que [el] convento [tenía] en esta ciudad junto a su edificio e iglesia vieja”, comprometiéndose a pagarle a “fin del mes de marzo del año de seiscientos nueve”, \$100 por las tapias que se dejaban levantadas en el solar, reconociendo que al terreno dado en “trueque y compensación” le faltaban cuatro pies, obligándose en cuatro años a dar otro en esa manzana, si se reclamaba faltarle más, cosa que pensamos que no sucedió puesto que el protocolo del pago final en 1609 no registra queja alguna (Trelles, 1868).

Las limosnas,⁸ donaciones de particulares y mercedes recibidas, también jugaron un papel importante en el asentamiento inicial de la Orden, permitiéndole al mismo tiempo interactuar con la sociedad que vivía tras los muros conventuales. Para 1602, el testamento de Ana Rodríguez cedió a la cofradía de Nuestra Señora del Santísimo Rosario del monasterio de Santo Domingo una de sus casas con huerta y árboles, con la condición de que no fuera vendida, pero si rentada para sufragar misas por su alma. Durante ese mismo año, el teniente gobernador, Francisco de Salas, y el cabildo, dispusieron para los dominicos, de una cuadra de tierra en terrenos del ejido, que a partir de entonces pasaba a formar parte de la ciudad (Quiroga, 2000, p. 454), y en 1605, las mismas autoridades, ante un pedido de merced por parte de fray Bernardino de Lárraga, volvieron a otorgar a los frailes cuatro cuadras más de tierra y “más de ensenada del río adentro”, para huerta y corrales, cercanas al Riachuelo (Archivo Municipal de la Capital, 1886, p. 170).

Sin embargo, no todos los donativos podían concretarse como fue el caso de Juan de Castro, quien en agradecimiento por las “buenas obras, gracias y mercedes espirituales [...] consejos y otros beneficios [...] de los religiosos del convento de Santo Domingo” les hizo cesión de sus bienes y haciendas a cambio de ser “patrón y mayordomo del

8 Los religiosos contaban con la seguridad de las limosnas reales para: la “obra y edificio” del convento, para “vino y aceite”, y para la botica. Este dinero les permitía ir encarando los gastos diarios y/o inmediatos que iban surgiendo en cada comunidad, amén del obtenido en cada celebración de la mano de los fieles.

dicho convento y hacienda”, de su manutención, sepultura y sufragios en la iglesia (Trelles, 1880, pp. 179-182). Esta acción tan devota se vio frustrada cuando un análisis minucioso de los frailes sobre lo donado reveló que era más útil como prestigio y reconocimiento social para el donante que como rédito económico para los donados ya que “era [y es] en gran daño del dicho convento, por ser como son las costas deudas y gastos mayores y demás coantia que el interés, y antes quedábamos con mayor gasto que provecho” (Trelles, 1880, pp. 187-190), por lo que en febrero de 1606, el escribano Francisco Pérez de Burgos labró la correspondiente escritura de renuncia con la cual el convento quedaba desligado de tan oneroso compromiso.

Estos actos que muestran a una Orden activa y atenta al devenir de la ciudad y de la población que lentamente se instalaba y crecía,⁹ nos sirven como indicadores no solo de su asentamiento definitivo en Buenos Aires como orden orientada a la predicación y la enseñanza superior, sino que también nos abren el camino para ver no solo su expansión física, sino también la forma en la que integraron su patrimonio inmobiliario, urbano y rural, en las centurias del diecisiete y dieciocho, lo que no contradijo en ningún momento el derecho canónico que consideraba a la Iglesia con pleno derecho para adquirir bienes (Mayo, 1991, p. 98), y en este sentido fueron varios los medios (merced, donación y compra) a través de los cuales los dominicos los adquirieron, especialmente los inmuebles. El interés por los mismos radicaba en la necesidad de generar sus propios recursos económicos para financiar sus actividades apostólicas y educativas, amén de sostener el culto divino y la propia población (religiosa y de servicio) e infraestructura conventual.¹⁰

9 Se calcula que para 1602, la población de Buenos Aires, era de 284 personas, mientras que para mediados de siglo ya subía a 1400 personas (Frías, 1999, pp. 110-11).

10 Aunque Santo Domingo instauró la mendicidad como forma de vida de su comunidad de frailes, prohibiendo la posesión de rentas o de bienes, los papas Martín V y Sixto IV autorizaron a los predicadores, entre 1425 y 1475, a tener rentas para sustentarse. El Concilio de Trento aprobó la nueva norma y las constituciones tridentinas de la Orden (1690) permitieron aceptar donaciones y tener propios.

La piedad y la caridad, tanto barroca como ilustrada, no se detuvieron a lo largo de los años, puesto que más allá de una sincera fe en la salvación de las almas tanto para sí como para sus familias, quienes donaron a los predicadores, vieron en las cesiones de sus propiedades una alternativa de perpetuar su nombre y reputación más allá de la muerte, y los frailes, una oportunidad para exhibir sus logros sociales en tanto captación de las, generalmente, selectas voluntades porteñas. En el siguiente cuadro veremos las donaciones inmobiliarias que hemos podido verificar, de acuerdo a la documentación consultada hasta el momento, llevadas a cabo entre 1600-1767.

Tabla 1. Donación de propiedades

Año	Propiedad donada y ubicación	Donante
1602	Un solar (casa y huerta) [Ubicación actuales Defensa y Venezuela]	Ana Rodríguez
1685	Chacra en el bañado del Riachuelo	Isabel de Torres Briceño (Nieta de Antonio del Pino)
1709	Suerte Nro.4: 400 varas [Reparto de Hernandarias-1609-1612-Pago del Riachuelo] lindera con los “hornos de Su Majestad que están en el Alto que llaman de San Pedro” con el fin de que los frailes pudieran hacer un horno de teja para la reedificación de su iglesia.	Sgto. Mayor Juan Pacheco de Santa Cruz.

Fuente: elaboración propia con base en (Millé, 1964; *Libro de Consejo*, Acta fechada el 28 de agosto 1775).

La Orden no se limitó a recibir o esperar donaciones; aquellas propiedades, tanto urbanas como rurales que le interesaban fueron compradas. Este proceso de incorporación, adquisición y acumulación se inició, como vimos en párrafos anteriores, muy lentamente en los primeros años de su llegada a Buenos Aires, y continuó sin interrupción a lo largo del tiempo, teniendo como fin asegurar su propia existencia y expansión física.

Al principio, los frailes comenzaron por adquirir las propiedades urbanas que les permitieron conformar una sólida manzana que miraba al río, y que les habilitaba el acceso a las pasturas de las orillas para sus ovejas, con más de una queja por parte de los vecinos por el

descontrol de las mismas (Archivo Municipal de la Capital, Buenos Aires, 1886, Libro IX, p. 221), así como de disponer de un camposanto para sus frailes y benefactores, y de un granero para lo producido en sus chacras (Berra *et al*, 1995). Concluida esta etapa los dominicos generaron nuevos ingresos con la compra, venta, locación y alquiler de una parte de los inmuebles urbanos y rurales incorporados. A continuación, veremos gráficamente, algunas de las transacciones de compra-venta y alquiler que los frailes sostuvieron en el tiempo:

Tabla 2. Transacciones inmobiliarias

Año	Transacción	Propiedad	Participantes
1605	Alquiler por \$ 40	Casa con huerta y árboles donada por A. Rodríguez	Solo se sabe el fin de la locación para matadero y que el escribano fue Francisco Pérez de Burgos.
1606	Venta por \$ 957	Dos solares del Monasterio Viejo	Mateo Sánchez-Manuel Méndez (compradores)
	Venta	Un solar del Monasterio Viejo	Antonio del Pino
	Alquiler	Corral del convento	Martín Alonso (locatario)
1626	Alquiler	Capilla de Nuestra Señora de Copacabana	Sebastián de Orduña y Mondragón
1644	Venta	Solar en la planta urbana	Juan Bernal (comprador)
1685	Venta	Fracción de solar urbano	Ana Rodríguez Martínez (comprador)
1742	Compra	Terreno en el Pago de la Magdalena	Capitán J.B. de Aguirre y su esposa Antonia de Salazar
1748	Compra	Terreno al otro lado del Riachuelo (Quilmes)	María de Arroyo Vda. De Pesoa y Figueroa
1750	Compra	200 varas de Suerte Nro. 4 y mitad de Nro. 5= Chacarita de Santo Domingo en el Valle del Riachuelo	J.B. de Sagastiverría y su esposa Margarita de Armasa y Arregui.

Fuente: elaboración propia con base en (Millé, 1964; Cunietti, 1977; Inventario. Poderes; Libro de Propiedades; Trelles, 1868, 21; Peire, 2000, p. 186).

Un somero análisis de estas operaciones permite observar que, en los primeros 25 años de residencia en Buenos Aires, los frailes buscaron consolidar su asentamiento definitivo dentro del casco urbano, así como sostener el culto diario, de cirios y altares, por medio de distintas locaciones, como el alquiler de una capilla de su iglesia, sobre todo en momentos en que la ciudad, ya sea por la merma en el tráfico comercial o por la epidemias como las de 1620-1621, vivía pobre hasta de limosnas. Para la segunda parte del siglo XVII, en cambio, las actividades inmobiliarias se orientaban más a la venta de aquellos solares que, suponemos, no representaban un beneficio importante como para retenerlos, ya sea por su ubicación, que nos es desconocida, como por escasa productividad. Ya en el siglo XVIII, las acciones se orientaron más al ámbito rural, por entonces más diferenciado del urbano, sobre todo hacia los pagos del sur, cercanos al puerto del Riachuelo, por el simple hecho de que no solo debían mantener el crecimiento de la comunidad de dominicos porteños, sino también porque, como se mostrará en los siguientes párrafos, el crecimiento de la ciudad con su tráfico comercial de circulación de mercancías y personas, exigía un mayor “bastimento” que era muy redituable para quienes podían ofertar en el mercado su producción, como en el caso de los predicadores.

Un inventario conventual de 1744 da cuenta de todos los bienes que los dominicos tenían hasta entonces, más allá de su convento e iglesia. En el mismo se declara: una estancia en el Pago de la Magdalena, de donde se abastece de carne la comunidad; una huerta fundada extramuros de la ciudad, para el mantenimiento de los frailes; una calera o estanzuela, de donde se extraía cal para la obra de la Iglesia, y finalmente, un terreno también extramuros de Buenos Aires consignado a varios asuntos (Libro de Obras y Contratos). Esta información, que confirma lo expuesto en los cuadros precedentes sobre donaciones y transacciones inmobiliarias que conformaron un patrimonio estable, permite ver que de un medio para la sustentación y financiación de la empresa predicadora, con el paso del tiempo, los bienes raíces de la Orden porteña, fueron lo suficientemente productivos y rentables como para que en 1724 se fundara, en la sede porteña, la nueva provincia dominica de San Agustín (hoy

Provincia Argentina) que abarcaba el Tucumán, Paraguay y el Río de la Plata. Estas circunstancias son significativas puesto que muestran que los frailes bonaerenses podían hacerse cargo de su nueva jerarquía administrativa y de la instalación del noviciado y de una dotación permanente de religiosos, por dos razones conexas: por un lado porque el telón de fondo de este proceso era, como ya se señaló, el crecimiento demográfico (Frías, 1999, pp. 109-110) y económico (Jumar, 2012, pp. 132-133), que desde mediados del siglo XVII venía teniendo la ciudad, producto de un activo puerto que, vértice nada desdeñable del espacio peruano, estaba integrado al complejo rioplatense, junto con Montevideo, y recibía navíos pertenecientes al circuito legal español, que generaban una intensa circulación de hombres, bienes y servicios que dejaban atrás la siesta indiana y los “huecos” de la ciudad que se transformaban en mercados; y por otro, y precisamente por lo anterior, porque los frailes habían podido integrar un firme conjunto patrimonial no solo por su prestigio religioso y académico que lo hizo objeto de “regalos piadosos”, sino también por los buenos negocios inmobiliarios que los procuradores dominicos porteños encararon en razón no solo de mantener cómodamente a una comunidad de frailes, y de estudiantes externos, que silenciosamente aumentaban (Quiroga, 2013), a la par que la población urbana, sino también de asegurar económicamente a la Orden ante cualquier riesgo posible, sin que esto afectara el voto de pobreza en la vida de las celdas de la comunidad.

Los frailes dominicos en el puerto de Buenos Aires

El carisma itinerante dado por Santo Domingo a sus frailes, tuvo en el estuario rioplatense una de sus caras más visibles, puesto que, como corolario de su misión evangelizadora, ser fraile *in vía* (Graña, 1992) implicó, entre otros aspectos teológicos, una libertad de movilidad y expresión que superó las barreras geográficas que la naturaleza impuso en el andar de los frailes en esta zona meridional del continente. Para ingresar, los futuros dominicos debían

presentar sendos documentos y testigos, que dieran fe de: la legitimidad de su nacimiento y pertenencia, de larga data, a la religión católica; de no haber sido penitenciado por la Santa Inquisición; de no tener antecedentes moros, negros, mulatos, ni judíos, y de ser persona conocedora de las buenas costumbres. El interesado, por último, debía jurar no haber sido violentado, inducido o persuadido de tomar el hábito. Con estos requisitos la Orden se aseguraba no solo un capital humano apto para el estudio, la predicación de la fe y la ocupación de cargos eclesiásticos, sino también, y por no regir la ley de la alternativa desde mediados del siglo XVII, el entronque con las familias locales que serían su apoyo económico y contacto político.

La capitalidad de la provincia dominicana de San Lorenzo Mártir, en Santiago de Chile, como lugar de noviciado o de estudios superiores, no hizo más que acentuar las dificultades en la movilidad y pastoral de los frailes dominicos que debían cruzar los Andes, provenientes de Buenos Aires o con destino a esta ciudad, sobre todo atendiendo al hecho de que los desplazamientos debían hacerse, al igual que los capítulos provinciales, durante los meses de verano (enero/febrero) para asegurar el cruce impedido por la nieve la mayor parte del año (Medina, 1992, p. 290).

La centuria del 1600 llevó cuenta de las sucesivas quejas de los frailes de Tucumán, Paraguay y Río de la Plata, que reclamaban a las autoridades provinciales no atender debidamente la zona cisanquina, lo que había producido cierto debilitamiento de la observancia y espíritu apostólico característico de los primeros años. Fue sobre todo esta causa lo que determinó, no sin gran disenso chileno, que a mediados de siglo se cambiara la sede capitular a Córdoba que ya estaba muy afianzada como casa de estudio. La medida no hizo sino activar la escuálida vida de los conventos de Paraguay y Río de la Plata, que eran pobres en número de religiosos, como lo registran los siguientes datos: entre 1601-1618, hemos podido anotar para el convento de Buenos Aires, tanto residiendo en él, como de paso hacia el interior para cumplir con sus estudios o funciones religiosas, a un total de trece frailes: Pedro Cabezas, Francisco de Riveiros, Juan Tostado, Juan V[B]eloso, Juan de Castellanos, Bernardino

de Lárraga y Azurduy, Francisco Aguilar y Burgos, Alonso Guerra (segundo obispo de la diócesis del Río de la Plata que estuvo en la ciudad en 1586), Antonio Bernardo J[G]ijón, Hernando Mejía, Francisco Muñoz Escobar, Francisco Peñaloza y Francisco Rodríguez Cardero, de los cuales siete eran peninsulares y seis criollos (Quiroga, 2008, p. 169).

La disposición del capítulo general de la Orden celebrado en Lisboa, en 1618, de elevar la categoría de la casa porteña a convento formal y noviciado de formación básica, que se completaba con cursos de filosofía y teología en Córdoba o en Chile, facilitó la llegada de más miembros, de modo que se contaban dieciséis entre 1618-1640, y, por ende, el cumplimiento de las actividades de predicación y atención de doctrinas de indios, además de las de enseñanza. Los padres de Santo Domingo que estuvieron en Buenos Aires en este período fueron: Juan Báez, primer prior, Jacinto de Bracamonte, Juan Barbosa, Gabriel Caballero Bazán, Tomás Cordeiro, Jacinto Enríquez, Pedro Flores, Francisco Godoy, Antonio Juárez Leal, Bartolomé López, Cristóbal Mancha y Velazco, Alonso Martínez, Enrique Mendoza, Martín Salvatierra, Gregorio Valdez y Diego Valenzuela; siendo trece de origen criollo y tres nacidos en España (González, 2003, p. 46).

Tabla 3. Frailes dominicos registrados en Buenos Aires. 1580-1640

Año de Registro	Apellido-Nombre	Nacionalidad	Hecho/Relación
1586	Guerra, Alonso	Peninsular	Segundo obispo de la diócesis del Río de la Plata.
1602	Rodríguez Cardero, Francisco	Criollo	Conventual, sobrino de fray H. Mejía.
1602	Cabezas, Pedro	Peninsular	Fundador del primer convento en Buenos Aires.
1602/1605	Riveros, Francisco de	Peninsular	Vicario de la Orden en Bs.As.
1603/1608	Castellanos, Juan de	Peninsular	Testigo de una escritura de canje por terrenos del actual convento porteño.
1604	Muñoz Escobar, Francisco	Criollo	Nieto del Fundador de Buenos Aires Alonso de Escobar.
1605	Lárraga y Azurduy, Bernardino de	Peninsular	Vicario de la Orden. Conocido como <i>La Cigarra</i> .
1605	Tostado, Juan	Peninsular	Encargado del permiso para viajar a Angola para recoger limosna.
1608/1615	V(B)eloso, Juan	Peninsular	Vicario del convento de Bs.As.
1609	Peñaloza, Francisco de	Criollo	Conventual ingresado en 1609.
1610 (¿?)	(G)ijón, Antonio Bernado	Criollo	Conventual.
1614	Mejía, Hernando	Criollo	Vicario provincial.
1618/1621	Mendoza, Enrique	Criollo (¿?)	Prior 1618/1622.
1620 (¿?)	Caballero Bazán, Gabriel	Criollo	Pariente político de Hernandarias.
1620	Martínez, Alonso	Peninsular	Renombrado predicador.

Año de Registro	Apellido-Nombre	Nacionalidad	Hecho/Relación
1620	Salvatierra, Martín	Criollo	Prior del convento en Bs.As.
1621	Báez, Juan	Peninsular	Primer prior del convento de Buenos Aires.
1623 (¿?)	Juárez Leal, Antonio	Criollo	Nieto de benefactor del convento A. del Pino.
1633	Barbosa, Juan Carlos	Criollo	Prior 1633. Su cuñado A. De la Rocha y Bautista fue carpintero y ebanista del convento.
1635	Cordero, Tomás	Criollo (¿?)	Conventual.
1635	Enríquez, Jacinto	Criollo (¿?)	Prior del convento, maestro.
1635	Flores, Pedro	Criollo (¿?)	Conventual.
1635	López, Bartolomé	Peninsular	Vicario provincial Maestro en Teología.
1635/1640	Valdez, Gregorio	Criollo	Conventual en 1635
1639	Bracamonte, Jacinto	Criollo	Provincial de la Orden.
1640	Godoy, Francisco	Criollo	Conventual. Hermano carnal de fray D. Valenzuela. Descendiente del fundador de Concepción de Bermejo.
1640	Valenzuela, Diego	Criollo	Hermano carnal de fray Francisco de Godoy. Descendiente del fundador de Concepción de Bermejo.
1642	Mancha y Velazco, Cristóbal	Criollo	Obispo electo del R. de la Plata. Visitador general.
s/d	Aguilar y Burgos, Francisco	Criollo	Hijo de uno de los primeros pobladores (1583) de la ciudad, que fue escribano del convento: Francisco. Pérez de Burgos.

Fuente: elaboración propia con base en Molina (2000), González (2003), Quiroga (2008). Se tomó el registro de todos los frailes dominicos que pasaron por Buenos Aires desde la fundación de la ciudad hasta 1640.

De esta primera mitad del siglo XVII podemos observar, como síntesis, que en las dos primeras décadas predomina el componente español sobre el criollo, lo que se invierte en las dos décadas siguientes, donde aumenta significativamente el número de criollos, para resultar en un total de diecinueve frailes criollos sobre diez peninsulares, lo que demuestra un significativo arraigo de la Orden en territorio americano, como para nutrirse de los nacidos en estas tierras, sobre todo en esta parte meridional del español, sin que por ello deje de reclamarse que se “envíen más obreros a la mies” ya que los extensos territorios eran muy difíciles de recorrer llevando la palabra de Santo Domingo.

Con respecto al *curriculum vitae* de quienes registramos, detectamos que fueron reclutados entre: a) los herederos de uno de los fundadores de la ciudad de la Santísima Trinidad, como el caso de fray Francisco Muñoz Escobar, nieto de Antonio de Escobar; b) los descendientes de los conquistadores del Tucumán: fray Hernando Mejía y fray Francisco Rodríguez Cardero, hijo y nieto respectivamente del capitán Hernán Mejía Miraval; c) los primeros pobladores de la hoy ciudad de Concepción del Bermejo (provincia de Chaco), antiguamente Concepción de Buena Esperanza: fray Francisco de Godoy y Diego Valenzuela, hijos de Juan Pérez de Godoy; y de entre los primeros vecinos de la ciudad de Buenos Aires: fray Francisco de Aguilar y Burgos, hijo del escribano Francisco Pérez Burgos, y de fray Antonio Juárez Leal, nieto de Antonio del Pino; d) los parientes políticos de gobernadores: tal el caso de fray Gabriel Caballero Bazán, pariente político en tercer grado, de Hernandarias, y e) de entre los familiares de benefactores de la Orden: frailes Juárez Leal y Barbosa, siendo todos ellos criollos, nacidos en el seno de familias que habían abierto las puertas de la tierra, no solo de y en Buenos Aires, sino también en el interior del país antiguo.

Si bien, estos datos están teñidos de la opacidad documental que rodea al período de los primeros 60 años de la ciudad y los primeros 20 del convento porteño, podemos tener un promedio de cinco frailes permanentes, entre 1600 y 1640, que se elevan a seis para 1642, y a once en 1658 y 1677, aumentándose a doce frailes para 1684 (González, 1997, p. 15), datos estos últimos que estamos compulsando en una investigación mayor en curso. Este crecimiento demográfico de

los predicadores, a fines del siglo XVII, y el hecho de que el convento porteño se hubiera convertido en el centro de la región, fortaleció la gestión final de fray Domingo de Neyra y Machado, para la separación y establecimiento, en 1724, de la ya mencionada provincia de San Agustín de Buenos Aires, formada inicialmente por los conventos de La Rioja, Buenos Aires, Córdoba, Santafé, Santiago del Estero y Paraguay, a los que se les sumarán las casas de Corrientes (1728) y Tucumán (1785), durante el siglo XVIII.¹¹ El espacio dominico se ajustaba así a la realidad geopolítica no solo de la gobernación del Tucumán, sino también de la gobernación del Río de la Plata, cuya capital Buenos Aires, era a principios del siglo XVIII, una “muy noble e ilustre ciudad”, polo económico del circuito portuario rioplatense que atraía población y recursos a un área que la Corona española comenzaba a mirar y valorizar cada vez con mayor intensidad.

A partir de la constitución de la provincia dominicana porteña, se sumaron al noviciado local los estudios generales, aunque Córdoba, sin embargo, mantuvo sus derechos y privilegios y por lo tanto su jerarquía de casa de estudio general y de convento capitular. El nuevo *status* dado al convento de San Pedro González Telmo, trajo como reflejo no solo la reorientación de los desplazamientos de los frailes hacia esta casa, por no tener que desplazarse obligatoriamente a Córdoba para continuar su formación, sino también un número significativo de novicios, en el que se cuentan veintiún estudiantes solo para el año 1727 (“Libros de estudios, 1726-1795”), y frailes que circulaban por el claustro, lo que no era menor si consideramos que desde aquí se proveía de religiosos a todos los conventos que constituían la nueva provincia: San Pablo (Santafé), Santa Catalina Virgen y Mártir (Asunción del Paraguay), Santa Catalina de Sena (Córdoba), Santa Inés (Santiago del Estero), y La Asunción de Nuestra Señora (La Rioja).

Este flujo humano que entraba y salía de la casa de Santo Domingo se advierte muy bien en los registros conventuales del siglo XVIII, que muestran un dinámico escenario de actividades académicas y apostólicas protagonizadas por los postulantes, los frailes profesos y las

11 Los conventos de Cuyo seguirán perteneciendo a Chile hasta 1809.

autoridades de la Orden. A lo largo de la centuria, pero sobre todo a partir de la tercera década, se observa claramente tanto la movilidad de los novicios a partir de su lugar de origen, como el andar de los frailes y priores entre las distintas casas de estudio.

Tabla 4. Itinerancia de los frailes dominicos

Año	Causa	MOVILIDAD		Frailes
		Origen	Destino	
1622	S/especificar	Buenos Aires	Convento de Córdoba	Fray Alonso Martínez
1728			S/especificar	Fray Tomás Reinoso Fray Nicolás de Santo Tomás Fray Juan José Plaza
1730	Razones de salud		Convento de Córdoba	Fray Ignacio Ruiz
1732	S/especificar		Hospicio de Corrientes	Fray Francisco Valenzuela
1734	Visita apostólica		Convento de Paraguay	Prior Fray Juan de Garay
1742	S/especificar		Convento de Paraguay	Fray Jerónimo Flecha
1757	Tomar examen	Córdoba	Convento de Buenos Aires	Prior fray Baltasar Zenarro
1764	Despacho de patentes	Paraguay	Convento de Buenos Aires	Prior fray Francisco Palacios Vicario provincial Juan Ignacio Ruiz.

Fuente: elaboración propia con base en (Mille, 1964, p. 257; Quiroga, 2013, p. 33).

Con respecto al lugar de origen de los postulantes, entendemos por tal el que se deriva de la información dada por la fe de bautismo que acompañaba la solicitud de ingreso. Esta información permite dividir a los novicios en dos grupos: los nacidos en España y los nacidos en los territorios de las distintas gobernaciones del Virreinato del Perú. Las fuentes son muy pobres en información, durante las primeras cinco décadas del siglo, en lo que se refiere a datos de filiación y lugar de nacimiento de los futuros frailes, se debió realizar un exhaustivo cruce informativo entre ellas, para componer el *curriculum vitae* de cada uno.

El número de religiosos: donados, conversos, de devoción, coristas,¹² y sin especificar, registrados en el convento de Buenos Aires, desde la fundación de la provincia de San Agustín hasta 1767, cuando las reformas borbónicas comenzaban a sentirse en el mundo de las órdenes regulares, fueron de 158 hombres, a un promedio de entre tres y cuatro frailes residentes fijos por año.

Tabla 5. Frailes registrados en el convento de Santo Domingo de Buenos Aires

Años	Coristas	Conversos	Donados	Devoción	S/ Especificar	Total
1726 1746		6		1	64	71
1746 1766	29	15	5	1	37	87
TOTAL	29	21	5	2	101	158

Fuente: elaboración propia con base en (Quiroga, 2013, p. 28).

El segundo corte temporal del periodo presenta un aumento significativo de dominicos, sobre todo de los hermanos coristas y conversos, que se condice con varias circunstancias; en primer lugar con el crecimiento y solvencia económica de la ciudad y su gente¹³ para mantener material y humanamente el claustro dominico; en segundo lugar, y a raíz de esto, con las mejoras edilicias producidas en el convento y en el templo ante la necesidad de ampliar los espacios, por la demanda sos-

12 Se llamaba hermano donado al que queriendo pertenecer a la Orden, no pretendía obligarse a la vida estricta de la misma y se hacía terciario. El hermano converso, se ocupaba de las labores manuales y seculares; el hermano corista era el recién ingresado a la Orden, se ocupaba de la liturgia de las horas y se dedicaba al estudio, y el hermano de devoción, sería aquel que, según el *Diccionario de autoridades*, brindaba asistencia piadosa y caritativa a las monjas para confortarlas y animarlas con pláticas espirituales.

13 Según, el censo de 1778 Buenos Aires, contaba con 37.680 personas, es decir, un poco más del doble (55,81%), que con respecto al censo de 1744 que registraba 16.650 habitantes. Este hecho es más que significativo a la hora de pensar en quienes podían contribuir material y humanamente con el desarrollo del convento dominico (Frías, 1999, pp. 117-121).

tenida de ingreso; en tercer lugar, porque la fuente es clara al apuntar que los postulantes viven en el convento y no en misión; y en cuarto lugar, porque el noviciado y convento porteño crecían como opción por la cercanía del domicilio, y porque como ocurría en otras partes de América, muchos padres preferían que sus hijos residieran en los conventos, aun viviendo en la misma ciudad donde se encontraba el seminario, de manera de evitar “los riesgos, en que teniéndoles fuera [del colegio], le pondría su viveza” (Castañeda, 1984, pp. 273-274).

Para el periodo que venimos analizando, el lugar de origen puede deducirse por la ciudad donde se había tomado el hábito de novicio¹⁴ o por la misma omisión de quien lo inscribía, que daba por sentado que el hermano era oriundo de Buenos Aires. La tabla 6 registra los datos de los nacidos dentro del espacio comprendido por la provincia dominicana de San Agustín. Aquí se observa que no aparecen registrados frailes oriundos de Buenos Aires, solo se identifican e inscriben cuatro personas nacidas en Paraguay, una en Córdoba y otra en Santafé. Algunas de las observaciones posibles sobre esta situación sería que, en primer lugar, no aparecen frailes nacidos en Buenos Aires, por lo señalado anteriormente, donde se daba por sentado que el hermano era nacido en la ciudad donde haría sus estudios religiosos. Solo un religioso es oriundo de Córdoba, por contar esta ciudad con un seminario madre donde formarse, siendo el traslado a Buenos Aires un hecho circunstancial como lo muestra el registro del hermano fray Paulino Gaete, de origen cordobés, que menciona como causa de movilidad, el trabajo de su padre, don Ignacio Gaete, español, que llevó a la familia a mudarse de Córdoba a Buenos Aires. Otra cuestión por destacar es la presencia de religiosos nacidos en Paraguay, cuyos datos estamos profundizando en otra investigación, considerando un contexto de alta fluidez en la comunicación y navegación desde esta provincia hacia el Río de la Plata (Velázquez, 1973, pp. 45-83), la causal de la incorporación de frailes de este origen.

14 Este se verifica para los años: 1725-1728-1732-1740-1765.

Tabla 6. Lugar de origen de los frailes nacidos en la provincia dominicana de San Agustín

Año	Buenos Aires	Córdoba	Santafé	Paraguay	Totales
1726-1746		1		4	5
1746-1766			1		1
TOTALES		1	1	4	6

Fuente: elaboración propia con base en (Quiroga, 2013, p. 29).

Con respecto a los frailes de origen español, no se encuentran registros de orígenes peninsulares para los frailes en el periodo que estamos analizando, sí para el período posterior que va de 1767 hasta 1800, donde como hemos señalado en otro trabajo (Quiroga, 2013, p. 30), de los 16 anotados como españoles, cinco habían nacido en Galicia, uno en Cataluña, dos en Castilla, uno en Asturias, otro en Valencia, tres entre Baleares y Canarias, y tres en Sevilla, lo que se entiende en el marco de las decisiones de la Corona de fortalecer el control peninsular de las órdenes, ya que el crecimiento del elemento nativo ponía en peligro la vigilancia de las mismas (Troisi, 2016, pp. 106-107).

Si bien las tablas 3 y 4 siguen siendo muy parcas en cuanto al detalle del origen de los frailes, al igual que la tabla 5 sobre el total de los 158 identificados desde la fundación de la provincia argentina, es claro que los frailes criollos marcaron tendencia desde los orígenes del convento en 1601 (tabla 3), lo que está en íntima relación con la fama académica, el crecimiento y la ubicación del claustro porteño que captó a más oriundos del país que peninsulares, lo que habla de una provincia dominicana inmersa en las redes sociales y económicas de la oligarquía local (Rubial, 2002, p. 53), cuyos hijos, laicos¹⁵ o religiosos, recorrieron los pasillos conventuales y se formaron con los maestros de la Orden.

15 Nos referimos a que históricamente la Orden había permitido estudiar juntos a frailes y seglares; dentro de este grupo en Buenos Aires, fueron alumnos externos: Julián de Leyba, Manuel de Labarden, Mateo Warnes, Hipólito Vieytes, Feliciano Chiclana, todos ellos de destacada actuación en las primeras décadas del siglo XIX, ya sea como políticos, filántropos del convento o hermanos terciarios dominicos (Peire y Di Stéfano, 2004, pp. 8-9).

Cierre

Hablar de la familia de Santo Domingo en el Buenos Aires colonial, implica recorrer una historia que convive con la historia de la ciudad, y que lleva ya cuatrocientos quince años de permanencia pastoral y de participación en el devenir político, social, económico y cultural en el espacio que la vio nacer. Los confines del Imperio español no fueron un impedimento para que los padres predicadores aventuraran su itinerancia en los caminos que los conducían a Buenos Aires. Sortearon los Andes, los valles y quebradas que los separaban de la planicie bonaerense, así como la mar océano que los llevaba al estuario rioplatense. Con ellos vinieron sus libros, su predicación y el rezo del rosario, así como el rigor ético y filosófico de su formación que los destacó a la hora de educar a sus filas y fieles. Dentro de estos últimos se cuentan a los futuros protagonistas del proceso revolucionarios de principios del siglo XIX, como Manuel Belgrano¹⁶ quien recibió sus primeras letras de la mano de fray José Zemborain.

Fue ardua la tarea de los primeros religiosos que tuvieron por techo el adobe y paja del primer claustro, y donde la pobreza de los bienes necesarios para la vida cotidiana, la mínima subsistencia, se deshacía en reclamos a las autoridades y pedidos extraordinarios de permiso para importar mercadería o comerciar con los reinos de Angola, como lo hiciera fray Francisco Ribero, en 1605, al enviar a fray Juan Tostado, para pedir y juntar las limosnas que los fieles cristianos de aquellos países quisieran hacer para la obra del convento de Santo Domingo de la ciudad de la Trinidad (Millé, 1964, pp. 240-241 y 251). La necesidad, sin embargo, no impidió que los frailes asistieran a los porteños durante las epidemias de virgüela [sic] y tabardillo¹⁷ de 1621, 1653 y 1687 (pp.

16 Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano y González (1770-1820) formó parte del grupo de alumnos externos de los frailes dominicos, que se nombran en la cita anterior. En el caso de Belgrano, fue el creador de la bandera argentina (1812), y tuvo una destacada participación en el proceso que condujo a la independencia del país (Halperín, 2014, pp. 127-134).

17 La “virgüela”, o viruela, era una enfermedad grave y contagiosa que en algunos casos podía provocar la muerte; y el tabardillo era parecido al tifus, con

255 y 273), y que las autoridades recurrieran a ellos para que, mediante procesiones y rezos continuos a Nuestra Señora del Rosario, cesaran las sequías y plagas que azotaban la ciudad e impedían el trabajo en los campos de los alrededores para sustento de la misma.

El convento y los frailes dominicos que hasta aquí hemos intentado retratar nos muestran a un poderoso aliado institucional del estado colonial en la región (Troisi, 2016) que de manera activa y sin estridencias, encontró en la sociedad bonaerense su lugar, un lugar de prácticas y acciones propias que los identificaron y diferenciaron a la vez de las otras familias religiosas que vivieron en el mismo tiempo y lugar. Las capas negras y el hábito blanco trajeron al Río de la Plata la educación superior que venían sembrando en el continente desde las primeras universidades fundadas en 1538 y 1551; animaron la formación de cuadros locales de frailes criollos que los arraigaron aún más con la población de Buenos Aires, hasta llegar a convertir a esta ciudad en la capital de la provincia de San Agustín de la Orden de Predicadores, en un gesto de audacia y adecuación a las realidades que la política y la economía de principios del siglo XVIII marcaban como necesarias. Sumaron tierras a las que primitivamente les fueron asignadas y gracias a esto pudieron subsistir, vivir y crecer, sin por ello abandonar sus votos. No son estas palabras finales las que cierran la historia de los hijos de Santo Domingo porteños, sino que, por el contrario, la abren para seguir transitando por ella en un camino que nos lleva hasta el hoy de sus 800 años de vida, la mitad de los cuales transcurrieron en el Río de la Plata, en los confines del Imperio, dentro del cual todavía queda mucho por investigar.

fiebre alta y continua, que provocaba alteraciones nerviosas y sanguíneas, con erupciones que cubrían el cuerpo (agradezco a la Lic. Andrea R. Quiroga por la clarificación de estas enfermedades).

Referencias

Fuentes primarias

Archivo Dominicano. Fondo Documental del Convento de San Pedro Telmo (Santo Domingo). Buenos Aires.

Inventario. Poderes. (1727-1935).

Libro de Vesticiones y Profesiones. (Tomo I, 1713-1913).

Libro de Estudios. (1726-1795).

Libro de Propiedades. (Tomo I, 1600-1900).

Libro de Consejo. (No. 16).

Libro Obras y Contratos (Tomo I, 1744).

Fuentes primarias impresas

Archivo Municipal de la Capital, Buenos Aires (1886). Acuerdos del Extinguido Cabildo [AEC], Libros I, II, IX.

Pico, P. (1911-1913). Ubicación y arrumbamiento de la propiedad territorial. *Revista de Buenos Aires* (Tomo VII). Buenos Aires: s/n.

Taullard, A. (1940). *Los planos más antiguos de Buenos Aires*. Buenos Aires: Jacobo Peuser.

Trelles, M. R. (1868). *Registro Estadístico de la Provincia de Buenos Aires* (Tomo I). Buenos Aires: Berheim y Boneo.

Trelles, M. R. (1880). *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*. Buenos Aires: s/n.

Fuentes secundarias

Barral, M. E. (2007). *De sotanas por la Pampa: religión y sociedad en el Buenos Aires rural tardocolonial*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Berra, J.; Cignola, L.; Penacca, V y González, R. (1995). *El convento de Santo Domingo...abre sus puertas*. Buenos Aires: Gaglianone.

- Baschet, J. (2009). *La civilización feudal. Europa del año mil a la colonización de América*. México: FCE-Embajada de Francia en México.
- Castañeda, C. (1984). *La educación en Guadalajara durante la Colonia. 1552-1821*. México: El Colegio de Jalisco/El Colegio de México.
- Cunietti, A. (1977). Reparto y poblamiento de las tierras del valle del Riachuelo, 1580-1810. Buenos Aires: ANH.
- Di Stefano, R. y Zanatta, L. (2000). *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*. Buenos Aires: Mondadori.
- Frías, S. (1999). La expansión de la población. En Academia Nacional de la Historia (ed.). *Nueva Historia de la Nación Argentina. 2. Período Español (1600-1810)*. Buenos Aires: Planeta.
- González, R., O.P. (1997). *La provincia dominicana de Argentina. Síntesis histórica. 1550-1995*. San Miguel de Tucumán: Gráfica Laf.
- González, R., O.P. (2003). *Historia de la provincia dominicana argentina. I Antecedentes. Siglos XVI-XVII*. San Miguel de Tucumán: UNSTA.
- González Lebrero, R. (2002). *La pequeña aldea. Sociedad y economía en Buenos Aires (1580-1640)*. Buenos Aires: Biblos.
- Graña, M. (1992). Religiosos in vía. Franciscanos y caminos en Castilla La Nueva (1215-1550). En *Actas del I Congreso Internacional de Caminería Hispánica*, Tomo II, Madrid. Recuperado de: <http://biblioteca2.uclm.es/biblioteca/ceclm/libros/caminería/c1/0152.htm>.
- Halperín, T. (2014). *El enigma de Belgrano. Un héroe para nuestro tiempo*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Jumar, F. (2012). La región Río de la Plata y su complejo portuario durante el antiguo régimen. En R. Fradkin (dir.). *Historia de la Provincia de Buenos Aires. 2. De la Conquista a la Crisis de 1820*. Buenos Aires: UNIPE/ Edhasa.
- Konetzke, R. (1981). *América Latina II. La época colonial*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Mayo, C. (1991). *Los Betlemitas en Buenos Aires. Convento, Economía y Sociedad. (1748-1822)*. Sevilla: Junta de Andalucía.
- Medina, M. (1992). *Los Dominicos en América. Presencia y actuación de los dominicos en la América Colonial Española de los siglos XVI-XIX*. Madrid: MAPFRE.
- Millé, A. (1964). *Itinerario de la orden dominicana en la conquista del Perú, Chile y el Tucumán y su convento del antiguo Buenos Aires. 1216-1807*. Buenos Aires: Emecé.

- Molina, R. (2000). *Diccionario biográfico de Buenos Aires. 1580-1720*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- Peire, J. (2000). *El taller de los espejos. Iglesia e imaginario. 1767-1815*. Buenos Aires: Claridad.
- Peire, J. y Di Stefano, R. (2004). De la sociedad barroca a la ilustrada: aspectos económicos del proceso de secularización en el Río de la Plata. *Andes*, 15, Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/127/12701504.pdf>
- Quiroga, G. (2000). El papel de la Orden de Santo Domingo en la organización del espacio urbano de Buenos Aires. 1580-1640. *Archivum*, XIX, 443-454.
- Quiroga, G. (2008). Los frailes dominicos de la segunda fundación de Buenos Aires. En Folquer, C., O.P. (ed.). *La orden dominicana en Argentina. Actores y prácticas. Desde la Colonia al siglo XX*. Tucumán: Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino-USTA, pp. 161-177.
- Quiroga, G. (2013). Señor te seguiré...La movilidad de los frailes dominicos en el siglo XVIII rioplatense. En Frías, S. (dir.). *Vecinos y pasantes. La movilidad en la Colonia* (pp.19-40). Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- Romero, J.L. (1986). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Rubial, A. (2002). Votos pactados. Las prácticas políticas entre los mendicantes novohispanos. *Estudios de Historia Novohispana*, 26, pp. 51-83.
- Troisi, J. (2016). *Socios incómodos: los franciscanos de Córdoba en una era de transformaciones (1767-1829)*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Velázquez, R. (noviembre de 1973). Navegación paraguaya de los siglos XVII y XVIII. Estudios Paraguayos. *Revista de la Universidad Católica Nuestra Señora de Asunción*, 1(1), pp. 45-83.